



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 47

La falacia del amor a la raza

La historia demuestra que las razas se han destruido continuamente. En América Latina, los odios raciales se instalaron hace un siglo y aún perduran. La raza indolatina que representa una minoría en la “América española”, no merece ser tomada en cuenta —propone Bulnes.

La falacia del amor a la raza (contra el culto a la raza "indolatina")*

Las razas fundamentales de la humanidad, han sido la caucásica, la mongólica, y la etiópica o sean la raza blanca, amarilla y negra. Según la historia no se nota el amor de la raza entre los hombres. En los seis siglos de la Roma antigua senatorial e imperial, fueron abundantes las guerras exterminadoras entre los hombres blancos; los helenos, los romanos, los germanos, los galos, los celtas, celtíberos, los escandinavos y toda clase de tribus de color blanco. El famoso imperio romano cayó a los golpes de hordas blancas guerreras como las de los hunos, francos, godos, burgondas, hérulios y otras muchas que no es necesario nombrar. Después esas subrazas se declararon razas, al formarse las nacionalidades y desde entonces, fuera de multitud de guerras, de mediana importancia, hemos tenido la anarquía europea de ciento veinte años, la "guerra de cien años", la "guerra de treinta años", la "guerra de siete años" y, por último, la "guerra de cuatro años" que terminó en 1918 y que ha dejado al mundo en el seno de la miseria y pataleando entre el bolcheviquismo y los restos de civilización, para no morir definitivamente. Tal ha sido entre los hombres blancos el amor por su raza y si se estudia la historia de las demás razas, cosa difícil de hacer, se observará que los amarillos y los negros y los bronceíneos o indios derivados de los amarillos, poseen pruebas delicadísimas de que en el mundo lo cultivado no es el amor de las razas, sino el odio de las razas diferentes o iguales siempre que éstas hayan creado diferentes nacionalidades. En la América Latina, hemos tenido en su corta vida de independencia, guerras numerosas, sangrientas y generadoras de odios inextinguibles entre los pueblos llamados hermanos. Los hermanos Brasil y Argentina, hicieron todo lo posible por hacer desaparecer al hermano Paraguay y casi lo consiguieron, pues la guerra costó a la población vencida bajar de un millón cuatrocientos mil habitantes a trescientos mil. Los hermanos Bolivia y Perú fueron atacados por Chile con el objeto de despojarlos de territorios áridos excesivamente ricos en nitratos que permiten a Chile vivir casi sin pagar contribuciones. El odio entre Bolivia y Perú contra Chile, en vez de disminuir aumenta y es probable que no se extinga en cuatrocientos cincuenta años. El Ecuador y Perú han vivido y sonreído en una tibia atmósfera de odio, lo mismo que Colombia y Venezuela, lo mismo que Colombia y Panamá, lo mismo que Panamá y Costa Rica, lo mismo que Salvador y Guatemala, lo mismo que Guatemala y Honduras y lo mismo Nicaragua contra todas sus desgredadas y feroces hermanas de Centro América. Entre México y Guatemala, las relaciones han sido de odio profundo de los guatemaltecos para los mexicanos y de frío desprecio de los mexicanos para los guatemaltecos. Si algo ha habido siempre popular en México, es una guerra con Guatemala, no de guante blan-

*En *Los grandes problemas de México*, 1926, pp. 323-324 y 326.

co, ni de alientos humanitarios, ni de inclinaciones generosas, ni turbada por sentimientos de olvido o perdón; sino una guerra de completo exterminio, con el programa de no dejar piedra sobre piedra en Guatemala ni hombre con existencia. En 1907 causó tanto entusiasmo la perspectiva de guerra con Guatemala que hasta los octogenarios y centenarios de la Suprema Corte de Justicia ofrecieron al general Díaz sus espadas y hasta los notarios resolvieron formar un regimiento de caballería que llevase el nombre de "Cosacos del Mapimi". Por supuesto, que los guatemaltecos tienen razón de aborrecernos, porque hemos sido su pesadilla, su azote, sus tiranos. Nuestra diplomacia en Guatemala, como regla, ha sido la altanería, la bravata, la decisión de humillar, la de hacerles pagar todas las ofensas que nos han hecho los yanquis y como éstos nos impusieron que el yanqui, fuera en México el "civis romanus sum", hemos tratado de levantar en Guatemala, el "civis mexicanus sum", más grosero, quisquilloso e impertinente que el "ciudadano romano" de los Estados Unidos. Tal es el dibujo que la historia de la América Latina nos presenta sobre el amor a nuestra raza. ¡Cien años de vida en la América Latina y cien años de odios africanos y de indecencias de la peor corrupción!...

Lo más chusco del culto a la raza en México y en la América Latina, es que la tal raza, llamada por el señor Carranza y sus discípulos la raza indo-latina, tiene muy poca importancia en dicha América. Brasil cuenta con veinticinco millones de habitantes y de ellos no hay un millón de indios y su mayoría no está incluida en la sociedad. Hay, pues, veinticuatro millones de brasileños blancos, negros y mulatos. Es una nación de blanco y negro, como Cuba y la mayoría de Venezuela. En Haití y Santo Domingo no hay indios. Argentina se enorgullece de tener una hermosa raza blanca engendrada por españoles, italianos, alemanes y de otras razas blancas de las más estimadas de Europa. Uruguay es otra población de blancos, sólo en Chile hay indolatinos, pero la gran mayoría está compuesta de indios y de blancos. En Panamá hay un mosaico compuesto de negros, mulatos, chinos, cochinchinos, malayos y algunos indios; su conjunto huele a zopilote y a muladar remojado y tiene con jaqueca a la minoría de la raza blanca desesperada. En Costa Rica, casi toda la población es blanca. Donde abunda la raza indolatina, es en México y no tiene buen olor en general por falta de aseo. En Nicaragua, Honduras, Salvador, Guatemala, Ecuador, Perú, Bolivia, Colombia y Paraguay, domina fuertemente la raza pura indígena, y la indolatina no llega al quince por ciento de la total población.

De los sesenta y un millones de población de la América española, hay cuarenta millones de pueblos blanco-negros y treinta y un millones de pueblos de blanco-indios y de esos treinta y un millones, veinte son de raza indígena pura, cuatro millones son de blancos y siete de mestizos, de blanco e indio o sea de indolatinos. Tenemos, pues, que de setenta y un millones de población de la América española, sólo siete millones son de indolatinos. Esta es la raza a que debemos dar culto por su potencia, civilización y gran porvenir. Tan ridícula minoría no merece que se ocupen de ella.